

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIII

Julio de 1936

Núm. 133

Puntos de vista

El drama de España

Macaulay escribió una observación profunda sobre España. Parece una sonda lanzada en lo más espeso del carácter español. Al releerla hoy, en el instante en que una feroz contienda civil desangra la vena cordial de ese pueblo se siente un extraño temblor en el espíritu y se diría que el célebre historiador inglés anticipó sus palabras para hacerlas servir a la trágica realidad que vive en estos momentos la tierra de nuestros antepasados. «España—escribió Macaulay—es un pueblo que reserva íntegra su virilidad para el día de la desesperación». ¿Son estos quizás, los días de la desesperación? ¿Los días de la forja heroica del destino? Macaulay sabía de qué angustias y heroísmos está plasmada el alma española. A lo largo de toda su historia, tan cargada de empresas generosas y turbulentos errores, el heroísmo se deshizo en locas aventuras. Los errores hay que cargarlos a la cuenta de las dinastías que no supieron administrar el inmenso tesoro de las energías del pueblo. Mientras el pueblo era el constructor de las grandes empresas, el que realizaba los grandes actos de la aventura y de la conquista, vivía en la penumbra. Soldados y pecheros oscuros, se cubrían de gloria en las alucinantes soledades de América. A través de selvas y de ríos iba el alma castellana sembrando los senderos que abría la espada, de varonía y de empaque soberbio.

Místicos y fatalistas eran todos los hombres de la conquista. Era el pueblo, la soberana masa que decía Galdós, el que desembarcaba de los frágiles esquifes en las costas escarpadas y hostiles,

para realizar la más dura y violenta de las empresas que pueblo alguno haya cumplido. Dieron vida a ese altanero «no importa» que era la síntesis del individualismo español. Para ellos debió ser trazada la trayectoria de la flecha cuyo blanco seguro era casi siempre la muerte. La acción y el profundo sentido de las realidades, el misticismo y la bravura, el coraje y la fe, engendraron esos hombres, mitad monjes y mitad soldados para los cuales ninguna de las maravillas descubiertas era superior a sus propias arrogancias personales. Lo despreciaban todo en nombre de la fe y lo soportaban todo en nombre de esa fuerza estoica que se diría retemplada en el crisol de un oculto idealismo. El pecho iba cargado de cruces y la boca llena de maldiciones. Así crearon al fundirse con el turbio fatalismo de las razas aborígenes de América, esta América locuaz, tan fatalista como España y como ella mal administrada. Como Quijotes eran y como Quijotes derrocharon el tesoro del individualismo. No fueron místicos pasivos. Loyola, férreo y disciplinado, regresaba de unas mundanas aventuras a la fe creadora. Su legión de secuaces parecía macerada en la brasa ardiente de sacrificios sobrehumanos. Santa Teresa en medio de sus deliquios, fundaba conventos. Veían a Dios como los místicos y sus cantos y sus danzas remedaban el tormento de la carne herida de deseo y el arrobador deleite de una vida extraterrena...

Sebastián Elcano volvió un día cargado de rutas nuevas para echarlas a los pies de Carlos V. El emperador le dió un escudo de armas y luego Elcano volvió a ser el hombre del pueblo, el hombre olvidado. El pueblo vivía en la miseria y el abandono y sólo los grandes y los reyes recibían los esplendores de la riqueza, ancho río de oro que entraba desde los dominios americanos a las cajas sin fondo del Estado español.

«Cuando Europa—ha dicho Marcelino Domingo—comenzaba a ser el cimiento de una nueva civilización por la voz de sus filósofos, la acción constructiva de sus estadistas, las preocupaciones religiosas de sus pensadores, el canto sin límites para las lirás

de sus poetas; cuando Europa era un concierto de palabras creadoras, España, por la imposición de Felipe II, era ya el silencio. El silencio a todas las exigencias de dentro y los estímulos de fuera; el silencio ante las adversidades propias y ante las responsabilidades universales. Un silencio tan hondo, tan largo, que a un hombre como Cánovas, de tan caracterizada significación política, le obligó a decir un día en el Parlamento, a sus adversarios de la derecha que le condenaban por excesivamente liberal». «¿Pero no estáis aun cansados de silencio?».

«¿Dónde está España?» clamaba con desgarradora angustia Larra, a lo largo de toda su obra. ¿Dónde está España?. Y aquel hombre satírico y pesimista, que lloraba el destino adverso de su patria en cada uno de sus líneas, buscaba sin encontrarla, la fibra creadora, la fibra eniundiosa del alma castellana, ahogada bajo la orgullosa y vacua palabrería de los grandes y de los reyes. La decadencia se ha dicho comenzó con los primeros Austrias y se precipitó en los tiempos de Felipe III y el Duque de Lerma, de Felipe IV y el Duque de Olivares. La decadencia era ya despeñadero en los días turbulentos y ominosos de Carlos II.

La historia registra minuciosa e implacable estas etapas dolorosas del abandono del pueblo. En el siglo XVII hay cuadros que son una acusación cerrada. Un proverbio del tiempo decía: «La alondra no puede cruzar Castilla sino lleva consigo su alimento». Una pereza sombría—apunta Saint Víctor al historiar el tenebroso período de Carlos II—esteriliza toda vía más esa esterilidad. España renuncia al trabajo, considerado como obra servil; su ideal es la vida ociosa del señor y del clérigo. La industria es despreciada; el comercio echado como un hueso para roer, a los judíos conversos y a los extranjeros; la agricultura está aniquilada por la doble mano muerta del clero y de la realeza. El pobre mendiga altivamente, el rico vive a la moda árabe, de un tesoro que se pudre en un cofre o en un silo. Una horrible miseria devora también a España hasta dejarla en los huesos. Como el avaro de las leyendas, enterrado vivo en sus bodegas, España se muere de hambre sobre

sus minas de oro. Sus perpetuas guerras, su política europea, sus guarniciones cosmopolitas, los gastos enormes de su pesada Corte, abren abismos que absorben la renta de dos mundos. De México a Bruselas los pueblos sudan oro y las arcas del Rey vense siempre vacías».

En el siglo XVIII España conoció algunos ensayos de restauración, más adelante otros, las Cortes de Cádiz, la revolución del 68 y la República del 73; la solidaridad catalana, capitaneada por la figura luminosa y apostólica de Salmerón; la asamblea de parlamentarios. Ninguno de estos sucesos históricos fué suficiente para detener la marcha descendente del pueblo y empujarlo hacia arriba. El gobierno era sólo la corona oficial, la armazón de un Estado que no tenía raíces hondas en la masa. «El pueblo escribe Martín Hume al estudiar en su PSICOLOGÍA DEL PUEBLO ESPAÑOL, el período de Fernando IV y de Carlos III, uno de los pocos soberanos constructores de España—seguía siendo indiferente, ignorante. La estructura política había sido destruída y el soberano de España no era ahora más que el pináculo de piedra sobre postes de madera. Había que rehacer el edificio desde la base y construirlo sólidamente, para que pudiera resistir incommovible los embates del tiempo».

El Estado no incorporaba al pueblo en su destino; obstaculizaba la entrada del pueblo en la estructura del Estado y no permitía que el hombre, el factor hombre, diera su vigor, su virilidad, su energía, su potencialidad natural en la obra constructora. España—decía Cadalso—desde el fin de 1500 es como una casa grande, que ha sido magnífica y sólida; pero por el decurso del tiempo, se va cayendo y cogiendo debajo a sus habitantes». La historia de España en el siglo XIX, apunta Marcelino Domingo, en un ensayo sobre España, permanece en silencio siempre. No se enciende con las llamaradas de la Revolución francesa, ni en los imperativos éticos y civiles del liberalismo inglés. En España no se percibe el clamor del pueblo, sólo se oyen disputas y escándalos de dinastías. Fernando VII contra Carlos IV; María Luisa con

Godoy; la Reina gobernadora y sus negocios; Isabel II y el Rey Francisco; el Rey Francisco y Serrano; cristinos y carlistas. Sólo se perciben ruidos de espadas: la espada de Espartero y la de Narváez; la de O'Donnell y la de Prim; la de Diego de León y la de Conchas; la de Fernández de Córdoba y la de Dulce. Sólo se escuchan monjas y frailes. Sor Patrocinio y el Padre Claret son la culminación de ello. ¿El pueblo? El pueblo si aparece, aparece un momento y no como actor, sino como espectador o como comparsa o lo que es peor como opuesto al sentido de soberanía que el pueblo tiene en la Europa del siglo XIX. La turbulencia del pueblo español en ese siglo era superficial. Sólo entonces pudo oírse ese grito abyecto al paso de Fernando VII; «Vivan las caenas». El 68 Prim había exclamado: «Basta ya de sufrimientos. La paciencia de los pueblos tiene su límite en la degradación y la nación española que si a veces ha sido infortunada, no ha dejado nunca de ser grande, no puede continuar llorando resignadamente sus prolongados males sin caer en el envilecimiento».

La República fracasó entonces por el miedo a instaurar decididamente la República. Caso contrario al de Gambetta y el pueblo de París en 1870. El Parlamento francés tenía autoridad y el Parlamento español en el 68 estaba manejado por la espada de un general. Fenómeno distinto y por lo tanto destrucción de la República.

Aunque someramente se ve pues que la trayectoria seguida por el pueblo español ha sido siempre un invento malogrado y continuo de entrar a participar en la verdadera creación de la estructura política del Estado. Lo han impedido reyes, monjes y generales. La tradición democrática de España esta viva en su historia, y para explicarse esta tragedia actual, es indispensable remontar el curso de esa historia. Ningún pueblo tiene tan cerca como el español la enseñanza patética de su historia, en ninguno la historia ha sido con más fuerza el drama de un pueblo que no ha podido recuperar la fibra o el ritmo de su verdadera posición en la historia de su país. El país está dividido ahora en dos bandos que intentan aniquilarse mutuamente con una buena fe bárbara y conmove-

dora. Imaginan que no pueden convivir. Se repite el fenómeno: leoneses contra navarros, navarros contra aragoneses, portugueses y castellanos, liberales y absolutistas, castellanos y catalanes, carlistas y alfonsinos, centralistas y autonomistas.

América hija de España contempla esta revolución sangrienta y feroz, conmovida y llena de ansiedad. ¿Ha llegado quizás el día de la desesperación como observaba profundamente Macauley? Nada de lo de España puede sernos indiferente. Sentimos a España como la grandeza de su misión no realizada aun, dificultada a través de los siglos, obturada por los errores de sus gobernantes y sentimos por el pueblo que realizó la más vasta empresa de que hay memoria en América, la admiración que no nos ciega para ver sus errores y que nos permite también aquilatar sus grandes y heroicas virtudes.